

## **En una Unión Europea energéticamente fuerte y resistente no hay razón para un nuevo Nord Stream**

El régimen energético europeo está cambiando. Se está alejando de un sistema impulsado por la oferta rígida, centralmente planificado, controlado por oligopolios integrados verticalmente hacia una configuración descentralizada de ciudadanos concienciados en las cuestiones energéticas que controlan su propia generación a partir de fuentes renovables.

Celebramos este cambio, ya que el nuevo régimen energético es mucho más eficiente desde el punto de vista de la energía y de los recursos; su implantación es paralela a la reducción del consumo energético total en Europa. Tanto la demanda de electricidad y gas han disminuido en los últimos años notablemente como resultado de una ambiciosa política de eficacia energética por la que hemos abogado: requerimientos de diseño ecológico de los productos, indicación de eficiencia de electrodomésticos y productos de línea blanca, obligaciones en materia de ahorro energético, requerimientos mínimos para la construcción de nuevos edificios, profundas reformas de aislamiento de la flota de edificios existentes y un importante aumento de la eficacia en el sector industrial. Incluso con la perspectiva de que el gas podría sustituir parte de la actual capacidad de carbón, las centrales eléctricas de gas estarían operativas durante tan pocas horas, que solo estaría en juego un reducido volumen de gas. Por lo tanto, se está reduciendo el consumo europeo de gas, que no sobrepasará la cifra de entre 350 y 380 MMC/año en 2020. En otras palabras, el consumo europeo de gas ha alcanzado su nivel más alto y Europa no necesita más gas para el futuro.

El actual gasoducto Nord Stream, que entró en servicio en 2011, muestra una capacidad de unos 55 MMC/año. Incluso esta capacidad no se utiliza plenamente en la actualidad. El proyecto de duplicar el gasoducto que conecta directamente Rusia con Alemania por el Mar Báltico no sería coherente con la implantación de un nuevo régimen energético.

La sustitución del carbón por el gas natural puede jugar un papel importante al abordar el cambio climático en determinadas condiciones a corto plazo. En cualquier caso, una inversión masiva en una infraestructura de combustibles fósiles supone el riesgo de quedar atrapados en un sistema de grandes emisiones de carbono durante las décadas venideras. La Unión Europea necesita reducir sus emisiones en un 50% o más para 2030 y alcanzar un sistema energético de emisión cero para 2050. Esto dejaría poco espacio al gas natural, y mucho menos aumentar su utilización. El nuevo gasoducto podría transformarse en un activo en desuso, que se vería forzado a retirarse antes del final de su vida económica.

Además, en febrero de 2015 la Unión Europea lanzó una nueva iniciativa denominada la Unión Energética, basada en “la solidaridad y la confianza”, para hacer a la Unión Europea más resistente ante la crisis energética. Respalamos firmemente estos principios, que se ajustan a nuestros valores. Un medio para cumplir el objetivo de construir una Unión Energética más resistente, es diversificar nuestros suministradores de energía y rutas de entrega. El proyecto Nord Stream 2 es un proyecto que entraña un enorme potencial de disensión. Infringe los principios de solidaridad y confianza y refuerza la dependencia europea en un único suministrador de gas. Amenazará la seguridad del suministro de gas y la seguridad energética en Centroeuropa y Europa del sudeste, reduciendo la liquidez del mercado en esta región. El suministro de gas desde Europa Occidental o a través de Italia no podría compensar el fin del suministro de gas que transita a través de Ucrania, debido al despliegue ineficaz de la capacidad del gasoducto existente. Estamos convencidos de que la terminación de este proyecto dirigido por Gazprom conduciría a mejorar la capacidad de Rusia para generar la dependencia energética suficiente para usarla como arma política.

Así mismo, el proyecto Nord Stream 2 socavaría de forma decisiva la condición de Ucrania como país de tránsito de gas, produciendo unas consecuencias socio-económicas dramáticas para un país al que apoyamos y con el que queremos asociarnos. Marginar a Ucrania en un momento en el que los desarrollos geopolíticos en la zona oriental del país, al poco tiempo de que Crimea fuera excluida unilateralmente de su territorio, es un grave riesgo para la estabilidad del país. También desencadenaría enormes pérdidas para la economía ucraniana y reduciría los ingresos del presupuesto del estado, estimándose el peaje de tránsito hasta unos 2.000 millones de euros anualmente. El Nord Stream 2 es contrario a todos los esfuerzos de la comunidad internacional para intentar modernizar el sistema energético de Ucrania en consonancia con el Acuerdo de Minsk.

La duplicación del Nord Stream no es un proyecto comercial, sino un proyecto político que genera consecuencias negativas en el mercado energético interno, en la seguridad del abastecimiento y en la política de vecindad. Por tanto, pedimos la inmediata e incondicional cancelación del proyecto Nord Stream 2 como única opción para salvaguardar la Unión Energética, preservar el mercado interno de gas europeo y cumplir nuestros compromisos con Ucrania.

Llamamos a todos los responsables para que movilicen sus fuerzas contra este proyecto:

- Convocamos a los estados miembros como Alemania, Francia y los Países Bajos, que actualmente apoyan a los promotores del proyecto, a que retiren su apoyo al Nord Stream 2.
- Pedimos a la Comisión Europea y al Consejo Europeo que utilicen todos los medios legales y políticos disponibles para impedir la terminación del Nord Stream 2.
- Pedimos y apoyamos todas las acciones Verdes contra el Nord Stream 2 dentro de los parlamentos locales, regionales, nacionales y en el Parlamento Europeo.